

EL “ESQUEMATISMO CONTEMPORÁNEO” Y LA RADIO DEL AYER THE “CONTEMPORARY SCHEMATISM” AND THE OLD-TIME RADIO

Fecha de recepción: 4/7/22 Fecha de aceptación: 15/10/22



MAXIMILIANO FABI: Profesor de historia oriundo de ciudad de La Plata, autor del libro *Cuadernos de sí y de no* (ed. Otium, Bs. As., 2016), ha publicado ensayos en distintas revistas, como *Descartes*, *El Prismático*, *Estrategias*, *ABC*, *Tararira.2020* y *Oculi*, entre otras. pmaximiliano@gmail.com

Resumen: El texto plantea que ser moderno no consiste en ser contemporáneo sino en ser actual, “en actuar-con-la-época” -decía José Edmundo Clemente-, y por eso, parafraseándolo, bien podríamos decir que quienes niegan las novedades de la cultura, jamás comprenderán el mensaje de los nuevos medios masivos de comunicación, ni lo “nuevo” que habita en los antiguos *mass media*. Aquí, pues, de una crítica al pasado esquematismo de la estadística radial, se pretende echar alguna luz sobre los más actuales binarismos mediáticos, en una época donde la historia pareciera haberse vuelto una historieta.

Palabras clave: Arte contemporáneo - Medios masivos - Cultura popular - Cultura *elite*

Abstract: *This text proposes that being modern does not consist of being contemporary but being current, “en actuar-con-la-época” as stated by José Edmundo Clemente. That is why, when paraphrasing him, it may be possible to say that those who neglect culture novelties will never understand the message given by the new means of mass communication or the “novelty” in ancient mass media. From a criticism of the past schematism in radio statistics, the aim here is to enlighten the most current mediatic binaries in an era in which history seems to have turned into a comic strip.*

Key words: Contemporary art – Mass media – Popular culture – Elite culture

“Se sumergió en la pantalla. Como la luz del sol, el aire puro y la llovizna, el mundo más allá del jardín penetró en Chance y Chance, como una imagen de la televisión, hizo irrupción en el mundo...”
Jerzy Kosinski, *Desde el jardín*

I
En *La música, la radio y el oyente* (libro de 1954), Alphons Silbermann sostenía una hipótesis acaso anacrónica: más afín a la sensibilidad del próximo milenio que a la de sus contemporáneos, afirmaba que aquellos hombres de cultura que renegaban de la radio, adjetivándola como un “ruido” incesante, con el cual la parte inculta de la humanidad estaba ensordeciendo sus penurias, no eran capaces de darse cuenta de que ese *silencio*

que reclamaban no era más que otra manera del “ruido”, pues “... el tono cínico de un Roger Nimier, la desesperación del hombre sin Dios de un Albert Camus, los colores sombríos y a veces tan sucios de un J. P. Sartre, desde *La nausée* hasta *Saint Genêt*, no son sólo intentos de expresar el mal actual de la soledad y la angustia; son también un ruido con el que tratan de apoderarse de ese silencio y matarlo, exactamente como el hombre sencillo, el hombre de la calle, utiliza el ruido



de la radio para matar la angustia y la soledad, puesto que le es imposible -dentro de su pasividad- sobreponerse a la propia angustia y a la propia soledad viviendo a base de literatura.”

La idea era premonitoria, ya que hace tiempo que en estas cuestiones resulta enojoso diferenciar entre una “alta” y otra “baja” cultura: cuando uno se entera de que hubo épocas en las cuales el jazz fue denostado como “música ligera”, no puede más que comprender que habrá alguna vez un tiempo en el cual los aficionados a las actuales “músicas ligeras” denostarán alguna otra -vaya a saberse desde cuáles “alturas” estéticas-, tildándola de ser más “ligera” todavía.

No se trata entonces de que ahora no deban distinguirse sendas culturas, sino de comprender que aquellas exclusivas -de elite, como se diría-, son sólo culturas populares envejecidas -que se convierten en *commodities* “de culto”, como también se dice hoy en día-, por lo cual resulta evidente que a la cultura de masas ya no puede acusársela de ninguna degradación: ésta es, más bien, la fuente de la cual abrevarán las futuras elites... y sin embargo, si bien ya no es posible decir -con Adorno- que a través de los medios masivos de comunicación avanza el “enmudecimiento”, si acaso sea posible entender cómo el filósofo de Frankfurt pudo llegar a inferir que “... la destrucción de la sinfonía en la radio es también un despliegue de la verdad”.⁽²⁾

En este sentido, aunque es claro que los *mass media* no son en sí mismos la cultura de masas, sino sus intermediarios, no habría que descartar la posibilidad de que eso intermediado sea a la inversa, es decir: que no siendo el medio el mensaje, sea “el mensaje”, el medio-, pues en ese caso, la cultura de masas, como *mass media*, debería ser abordada a partir de aquello que la parasita (y que se comunica en ella, más allá de las valoraciones estéticas), por ejemplo, tal y como el propio Silbermann lo descubría -sin querer-, en aquel informe que le encargara el “Centro de Estudios Radiofónicos” de la “Radiodifusión y Televisión francesas”, cuando decidió descartar a la “estadística” como fuente para su investigación, argumentando que si bien una persona que financia una audición “... tiene derecho a saber si el resultado obtenido compensa el dinero que ha invertido, es decir, a comprobar si la publicidad sobre su pasta dentífrica hecha entre “La Elegía” de Masenet y “El lago de los cisnes” de Tchaikows-

ky cae sobre un terreno auditivo suficientemente fértil”, lo cierto -según explicaba- es que “nuestra finalidad no es solamente la de ‘reflexionar sobre la cultura’; queremos también tratar de impedir que se destruyan valores culturales con medidas cuantitativas.”⁽³⁾

Aquí, entonces, como en tantos otros casos, la verdad será aquello de lo que no se quiere saber nada.

II

La humanidad parece asombrarse de la creciente polarización que verifica en todos los asuntos de la época que se prestan a polémica. O acaso mejor habría que decir que todos los asuntos son de *polémica* para la época, pues cualquier cosa se reduce a un “sí” o a un “no”; a un “me gusta” o “no me gusta”; es decir: a un obstinado intercambio de puños. Curiosa época anti-binaria, que pareciera contenta de limitarse a responder aquellas antiguas encuestas radiofónicas que sondeaban: “¿Qué prefiere usted oír, Beethoven, Wagner o Dubussy?”, y que eran -a juicio de Silbermann- todo lo contrario a su intento de pensar la radio, pues “¡la búsqueda de fundamentos, y no la finalidad -diría- forma la base de nuestro trabajo!”⁽⁴⁾

Pero por supuesto que alguien prefiera expresar sus preferencias sin más fundamentos, aunque claramente al servicio de alguna finalidad, no es culpa de los *mass media*, decía Oscar Masotta en 1967; aunque sin embargo advertiría que “no habría que minimizar el hecho de que los medios de información masiva, y por lo mismo, también la tira dibujada, son vehículos de mitos sociales, de normas institucionalizadas, de contenidos políticos e ideológicos. Hay entonces una relación estrecha entre la historieta y la historia, y no es casual que el período que va desde el *crash* de 1930, pasando por los años sangrientos de la revolución española, hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, coincida con la aparición de Superman, Batman, Capitán Marvel”.⁽⁵⁾

Hoy, cuando la historieta ya no es lo que era, pero el Capitán Marvel sigue vigente (ahora como Capitana...) quizás haya que preguntarse si acaso aquel “esquematismo” que Masotta corroboraba -claro que no como un defecto, sino como la virtud de la estética de masas-, no habrá sido sino un epifenómeno de aquella “estadística” que Silbermann rechazaba. Después de todo, no hay que olvidar que aquella íntima relación -según decía Masotta- entre historieta e historia (y en-



tre *mass media* y las masas, diríamos nosotros), “... se expresa directamente a veces, y gesta verdaderos símbolos, emblemas que se generalizan en dibujos. Piénsese: el dibujo del casco alemán, en cualquier historieta, hoy, “denota” al enemigo y al mal.”⁽⁶⁾

III

Silbermann había alcanzado a avizorar lo que penetraba, como en Troya, con la radio; pero dado que su objetivo era salvarla de las críticas de la elite, prefirió desconocerlo, como algo que no podía ser parte de la radio, de su radio. Cito en extenso dos páginas reveladoras:

“Cada vez son más numerosos quienes expresan dudas sobre la eficacia, la precisión y hasta la necesidad de la estadística radiofónica, quienes la combaten o la consideran un problema sin solución. Es difícil no sentirse molesto ante la ingenuidad casi ridícula de los resultados obtenidos con la mezcla de consideraciones estadísticas y juicios de valor. Una vez, por ejemplo, se le ocurrió a alguien enviar a 25 oyentes -y esto para comprobar el progreso de su desarrollo musical- una lista de 38 compositores, rogándole quisieran ‘emitir un juicio sobre el valor de estos compositores... que no estuviera necesariamente fundado sobre sus preferencias personales, sino sobre su opinión respecto al rango relativo ocupado por ellos’. Entre los 38 compositores se encontraban, como compositores franceses, Berlioz, Bizet, Debussy, Franck, Ravel y Saint-Saëns. ¡Los 25 oyentes norteamericanos estimaron, en su gran mayoría, que Berlioz, Bizet, Franck, Ravel y Saint Saëns no son, en realidad, ‘tan buenos’, pero estuvieron unánimemente de acuerdo en afirmar que Debussy es ‘bueno’!

“Lo que acabamos de citar es *tan tonto* como *esa máquina que se llama ‘Program-Analyser’* [la cursiva es mía], inventada para ‘anotar las reacciones del oyente al escuchar un programa radiofónico. Las reacciones se traducen y pueden captarse por medio de manifestaciones de agrado, desagrado o indiferencia’. La máquina funciona con un sistema de botones; el botón verde señala el ‘agrado’, el botón rojo el ‘desagrado’. El conjunto se consigna en una curva gráfica que permite medir, por ejemplo, el hecho de que un cierto número de oyentes experimentó, en determinado momento, ‘agrado’ escuchando música de Brahms y ‘desagrado’ escuchando música de Mussorgsky. Y lue-

go de equivocarse de esa manera, se llama a un buen samaritano del tipo de la ‘Psicología de los Oyentes’, quien, usando la conocida distribución por edades, sexo, educación, etc. llega a sabias conclusiones, y nos informa, por ejemplo, que ‘a pesar de que los oyentes educados en universidades son amantes de la música, muchos profesores la detestan’. Y así se cierra el círculo de falsas conclusiones, en medio del cual el arte y la música yacen por tierra, encadenados e impotentes.

“¿Puede socorrerse a un arte -si es que el arte necesita socorro- midiéndolo, puede socorrerse a un artista, un compositor, preguntándole: ‘Cuándo y dónde se le ocurrió el primer tema del segundo movimiento de su cuarteto op. 435’? ¿Se olvida entonces que *noblesse oblige*, que el célebre compositor no puede contestar, porque recuerda que la idea le vino mientras se encontraba en el baño? Esos eternos intentos de leer el pensamiento, ya sea del que recibe o del que da, incomodan a la persona más sincera y, a la más deseosa de veracidad, la incitan a mentir. Si se considera necesario medir lo que es exterior al hombre, pues bien, que se continúe así; si se desea información acerca de la profesión, el sexo, el número de hijos, la situación material, la cuenta bancaria, la estadística resulta adecuada. Pero, en cambio, querer ‘medir’ emociones, sentimientos, mentalidades es una tarea de Hércules, y está fatalmente predestinada a fracasar. Así sucederá con los que quieran usar una ciencia, la estadística -cuya finalidad es el descubrimiento de constantes y leyes- para descubrir la verdad absoluta sobre ‘valores.’”⁽⁷⁾

Y nuestros *mass media*, ¿serán entonces aquel “ruido” que, según Silbermann, venía a colaborar -como *La náusea* de Sartre lo habría hecho para otros- con la existencia de aquellos que no podían hallar un alivio en las letras? ¿O no serán más bien el resultado de una multiplicidad de comprobaciones automatizadas acerca de si la publicidad de determinado dentífrico (“*Dentífrico Denham*”; *no mancha, ni se reseca -dijo Montag...*) ha caído en el terreno fertilizado por la cultura de masas? Si acaso lo fuera, entonces aquel “esquematismo” que se percibe en todos nuestros asuntos -y que Oscar Masotta definía como “un conjunto de binomios que opera, detrás del *mensaje*”, se revelaría, pues, como el efecto de haber hecho de la historia, una historieta: La publicidad se divierte preguntando si la tapa de aluminio de un queso untable, “se saca o se deja”, pero asimis-



mo una guerra no acepta más pensamientos que los que puedan caber en los botones de “apoyo” o “repudio”; lo cual, bien mirado, tampoco es tanto binarismo (sino más bien -acaso diría Marcuse- *unidimensionalidad*)... porque dependiendo de cuál sea la guerra, o bien se la repudia, o bien se repudia la opción de repudiar.

IV

Que la historia del filo -cualidad homicida si las hay- se encuentre asociada inevitablemente al “cuchillo”, demuestra que toda consideración acerca de la “cultura”, sea de elite, de masas, o de corcho, será siempre más compleja que un “me gusta” o un “no me gusta”; pues si los romanos decidieron ponerle -al cuchillo- el nombre de *culter*, eso fue debido al instrumento con el cual roturaban aquellas tierras a las que -una vez cultivadas- darían el nombre de *culturae*.

Se trata de una historia, entonces, que hay que saber leer en la historieta, y no de una historieta que hay que negar -como Silbermann- en favor de una supuesta idea de la historia. Lo muestra el polaco norteamericanizado Jerzy Kosinski, quien ya en 1970 contaba la historia de un jardinero que llega cómicamente a presidente. Porque en “Desde el jardín”, lo importante no es Chance ni sus respuestas sencillas, ingenuas y literales (y a partir de las cuales, de hecho, el director de la película de 1979 quisiera haber sacado un Cristo), sino el truco mediante el cual Kosinski convierte al lector en un televidente: en un estudio de televisión, a punto de salir al aire, Chauncey Gardiner -el paradigma del telespectador- “... se maravilló de que la televisión pudiese representarse a sí misma; las cámaras se observaban a sí mismas y, al mirarse, televisaban el programa. Este autorretrato era transmitido a las pantallas de televisión colocadas frente al escenario y que el público del estudio observaba. De las incontables cosas que existían en el mundo -árboles, césped, flores, teléfonos, radios, ascensores- sólo la televisión sostenía constantemente un espejo frente a su rostro, ni sólido ni fluido.”⁽⁸⁾

Chance no es entonces sólo un televidente sino también lo televisado; y así nosotros -que lo leemos- somos ese mismísimo Chance. Sus respuestas, que parten de lo único que conoce -la jardinería y la televisión-, y que así vuelven al mismo lugar, son también entonces nuestras respuestas; y por eso una parte del público lo interrumpe

con aplausos mientras que otra lo abuchea: cada quien encuentra en ellas aquello que ya presuponía, y nada más; el “sí” o el “no” que ya configuraba su prejuicio... formado precisamente a partir de ese *apriori* que es siempre la televisión.

Qué distinto, pues, de aquel personaje que imaginó Jean Becker en su *Dialogue avec mon jardinier*⁽⁹⁾, cuando el pintor llega a la huerta y encuentra al jardinero, su amigo, que está enfermo de cáncer, tendido en el suelo -y atendiendo sus calabacitas - mientras una radio junto a su oído reproduce música clásica. “Nunca dejas de sorprenderme -le dice entonces el pintor-; ¿así que te gusta Mozart?”, a lo cual el jardinero responde: “Ah, ¿es Mozart?”...

Pues en ese ser de ficción (aunque quizás, ahora que somos ficción, más bien debiéramos decir: “en ese ser de realidad”), sí que es posible reconocer a esos tres fantasmas de la *Música, la Radio y el Oyente* con los cuales Silbermann soñó alguna vez, y que lo llevaron a escribir: “Se trate de un bien o un mal, de una mejoría o una recaída, la Radio y su música permiten al menos dominar al silencio y sus consecuencias, al aislamiento, la soledad y el miedo, mientras que otros medios, más radicales, equivaldrían a suplantar un mal por otro mucho peor. Dejemos entonces en paz a aquellos para quienes la Radio y su música representan un ángel salvador, aunque ‘oigan’ sin ‘escuchar’; no lapidemos a las estaciones radiofónicas con acusaciones, estadísticas o falsa psicología, pues se trata de ordenar nuestra casa, la de la Radio, y esta es la tarea a la cual queremos consagrarnos ahora...”⁽¹⁰⁾

Notas

(1) Silbermann, A.: *La música, la radio y el oyente*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1957.

(2) Adorno, T.: “Lo que les pasa a las sinfonías de tipo beethoveniano por el altavoz”, *Beethoven. Filosofía de la música*, Akal, Madrid, 2003.

(3) Silbermann, A.: *Op. cit.*

(4) *Ibid.*

(5) Masotta, O.: “El “esquematismo” contemporáneo y la historieta, *Conciencia y estructura*, Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2010.

(6) *Ibid.*

(7) Silbermann, A.: *Op. cit.*

(8) Kosinski, J.: *Desde el jardín*, Pomaire, Barcelona, 1977.

(9) El autor cita de memoria, *Dialogue avec mon jardinier* de Jean Becker, Francia, 2007

(10) Silbermann, A.: *Op. cit.*

